El Mercurio, Santiago, 26 nov. 1989 p. 4-5 (Suplemento) 2558

Para Inventarse un Destino: Gringo Viejo

009562

GRINGO VIEJO
Carlos Fuentes. Fondo de Cultura Económica. México 1986, 189 páginas.

por Ana María Larraín

HACE exactamente veinte años, en plena flor del boom de la novela latinoamericana, Carlos Fuentes se preguntaba, entre los desafíos tradicionales para nuestra literatura, el de que nuestra historia haya sido más imaginativa que nuestra ficción. "El escritor ha debido competir con leyendas, ritos, sectas, desiertos de dimensión sobrehumana. ¿Cómo inventar personajes más fascinantes que Cortés y Pizarro, más misteriosos que Santa Ana o Rosas, más tragicómicos que Trujillo o Batista?" Y recogiendo con elegancia un guante que el mismo se lanzara a sus pies, definía en una suerte de artículo la tarea que, a su juicio, nadie podía eludir: "Reinventar la historia, arrancarla de la fijeza y transformarla en personaje, humor, lenguaje, mito: salvar a los latinoamericanos de la abstracción e instalarlos en el reino humano del accidente, la variedad, la impureza: sólo el escritor, en América Latina, puede hacerlo" (La Nueva Hispanoamericana, Edit. Joaquín Mortiz, 1969).

Brillante era su rápido de esperanza —y así lo prueba su estudio sobre Vargas Llosa, Carpentier, García Márquez, Cortázar y Gertúdio—, había que ver hasta qué punto sus proposiciones se sostenían en el tiempo y, por otra parte, hasta dónde era capaz su grupo inventiva de sostener en el mito sin darle la espalda a la historia. Es en este sentido, pues, que interesa revisar hoy la lectura (o mejor, la escritura) de su novela Gringo Viejo, publicada originalmente en 1985 y traída por estos días al tapete a raíz de la película inspirada en ella bajo el mismo nombre... y bajo el mismo nombre desarrollada.

El argumento de la novela es muy simple y puede sintetizarse en unas pocas frases. No ocurre, en cambio, lo mismo con el modo como este relato se lleva adelante, difundiéndose en frases sinuosas y entrecortadas, en silencios, apariciones, prolongados fulgores y sombías palabras. Y es que el dominio de Fuentes es, claramente, el de un lenguaje que se hace a sí mismo en el texto, porque lo es sólo el símbolo que le corresponde y porque de semejantes fulgores y silencios está hecha, a su vez, la historia de México. Con ella, con las líneas más gruesas de su destino como nación real y, también, como nación posible, se entrevistan los últimos días de Ambrose Bierce, un desilusionado escritor norteamericano que decide desaparecer en cuanto tal para dirigirse en la destrucción de una muerte solitaria, aunque por lo tanto, heroica. El escepticismo del protagonista, su distancia, se encuentra con dos contrapuntos: uno es el empuje idealista y creador de la joven Harriet Winslow —gringa hasta la médula de los huesos, mucho más gringa, en definitiva, que el "gringo viejo" —y otro la pasión furiosa y violenta del general Arroyo, lugarteniente de Pancho Villa.

Sobre el marco tumultuoso pero cargado de solemnes fuerza de la revolución mexicana, estas tres personajes actúan por su cuenta y riesgo en la reinterpretación de un mito e inexplicable destino. Destino que se ofrenda como la vida de cada uno de los que (saben por él) casi ritualmente bajo la triple palabra del amor, la locura y la muerte. No hay otra forma, por lo demás, para escapar: la tragedia, y triádico es, en el sentido más cabal del término, tanto el uno como el horizonte de México.

Entronca una y mil veces la relación esencial entre los tres personajes en sus modos arquetípicos primarios (padre-hija/hija-amante y viceversa). Lo que se apenas y entiende mil veces (tras ella es, en realidad, el significado más profundo de la convivencia. Incluso cuando dada relaciones sus relaciones sobre las arenas movedizas de una radical ambivalencia, cual se la experiente entre la amoralidad y el derecho. Usurpación de la tierra en su sentido convencional, el acto financiero, derrumba a la soberanía que se traduce literalmente en el símbolo de la paternidad. Ahora bien, como entre sus y otra entonces por ejemplo, cual rojo brasa de fuego, la día fulminada de la rebelión, las cenizas se salvan y el equilibrio se restablece en la novela —ya que no exactamente en la historia, sino más bien en nuestra mera utopía— en Arroyo el que seduce con su magnetismo cómico a una Harriet convencerla, intimidándole, en el acto definitivo, su lengua en la otra y es el gringo viejo, sorpresivamente ya sin nombre, desenmascarado, el que va a dejarse matar por la mujer joven en esta sociedad (mentada que tiene, sin embargo, un nombre femenino: México.

"México es la prueba de lo que podíamos ser, de manera que también hoy abrieran los ojos", le dice el protagonista a su compañerita, como Harriet. Y, más adelante, se dice también a sí mismo: "ser un gringo en México... ese es entonces", convirtiendo hasta la ciudad misma de que México, en cambio, le había dado la compensación de una vida (...), la dignidad de la subversión como la última alegría de la vida.

El planteamiento teórico de Fuentes resulta, como se observa, un perfilito muy sólido, aunque habría que hacer una importante salvedad: si bien la novela pudiera (y debiera) ser absorbida en el referente (o ejemplo) por otro, claro está, por el propio autor), la vida que late en sus páginas proviene en rayo directo del relato y la lectura, y no de abstracciones y teorías. La que ocurre es que entre ambos niveles —el del verosímil y el del ficticio— se levanta, orgulloso y a la vez desprotegido, un lenguaje fulminante que asumió el espacio con el vigor y el ardor de una locomotora en el desierto y que resuena a sus errores un tiempo narrativo tan arriesgado como desmantelado en la realidad. El resultado que se consigue es, en apariencia, ruidoso —no calcula la transparencia de formas con el violento torbellino de hecho—, pero de una innegable eficacia novelística: con sus tiempos y sus espacios anodados, se abre paso, a partir de ahora, el mito.

La historia ha sido reinventada; hacia la otra orilla se arrimaron la ficcionación, tratando a medio camino entre la anomalidad y la ficcionación, "en el reino humano del accidente, la variedad y la impureza", el lector latinoamericano ahora, frente a este Gringo Viejo, su personal y única respuesta. Carlos Fuentes ha saldo sólo de una revuelta más y su imaginación y poder de imaginería. Por encima del polvo y la memoria, en el primero y en el último capítulo, "vida se vierta sola y recuerda". ■

Texto Escogido

Carlos Fuentes

"VIGILAN en círculo los zopilotes y el viejo levanta la cabeza. Bajo la sombra, alerta: los ojos cruzan y las cuchillas del domingo sólo pican a los extranjeros. Nunca conocen el que viaja. Subió y bajó la cabeza, alarmado: las palomas tristes pasaron como flechas, con su gemido luchando, y los halcones perezosos le desorientaron. En el aire sólo los pájaros dejaban un ruido de pasos ondulados y quebrados.

Cerró los ojos pero no accedió el paso.

Entonces el desierto le decía que la muerte es sólo una fatiga de las leyes de la naturaleza: la vida es la regla del juego, no su excepción, y hasta el desierto que parecía silencio escondía toda una microcosmos vida que prolongaba, originaba y renovaba las leyes de la existencia humana. El no podía entenderlo, aunque fuese otra su voluntad, el impulso vital del yermo al que había llegado por el mismo, sólo que al quien se le ordenaba: gringo viejo, largate al desierto.

La noche acaba al amanecer. El horizonte se mueve y sube hasta los ojos. Las sombras implacables de las nubes vistas a la tierra son velos de lunares. La tierra hasta fuerte. El aire frío se desperezaba como un espejo de el mismo. Las frutas de la historia se incendian en rasuelitos amarillos. Sopla el viento dándole.

El gringo viejo lloró, se cubre la cara con la bufanda negra. La respiración se le va como las aguas se retiraron un día de la tierra, creando el desierto. Las patas de su respiración son como la red del lazo que tiene junto a los ríos secanos, atenuando lejanamente la humedad.

Tiene que detenerse, ahogado por el sueño, descender con pena de la yegua, acostarse, y hundir pausadamente el rostro en el lomo de su montadura. Pero a pesar de todo dice:

—Mi destino es solo."

Para inventarse un destino, "Gringo viejo" [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA
Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN
1989

FORMATO
Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN
Para inventarse un destino, "Gringo viejo" [artículo] Ana María Larraín.

FUENTE DE INFORMACIÓN
Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN
Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa